

EDUARDO PÉREZ DAL LAGO

# El camino de la Belleza

*Via pulchritudinis*

Aproximación a una estética sacramental



## ÍNDICE

|   |  |
|---|--|
| Prólogo .....   |  |
| Introducción: El «Año de la Fe» y la <i>via pulchritudinis</i> .....                        |  |
| Aviso del autor .....   |  |
| 1. La Belleza increada .....  |  |
| 2. La belleza creada .....  |  |
| 3. La belleza de los ángeles .....  |  |
| 4. La fealdad del demonio .....   |  |
| 5. La belleza del hombre .....  |  |
| a) El hombre como resumen de todos los seres: microcosmos .....                             |  |
| b) El hombre como comunidad de vida y amor: varón y mujer .....                             |  |
| c) El hombre como comunión de cuerpo y alma: el hombre como persona y la esfera mixta ..... |  |
| 6. La cultura como respuesta humana a la natura divina: la belleza de la cultura .....      |  |
| 7. La ruptura del pecado original y personal: la fealdad del pecado .....                   |  |
| 8. La religión que restaura la comunión rota por el pecado: la belleza de la religión ..... |  |
| a) La belleza de la imagen .....  |  |
| b) La belleza del templo .....  |  |
| c) La belleza del sacerdote .....   |  |
| d) La belleza de la ofrenda .....   |  |
| e) La belleza de la bendición .....   |  |
| 9. La belleza de Jesucristo .....   |  |
| a) La belleza de la encarnación: acto fundacional del tiempo .....                          |  |
| b) La belleza física de Jesucristo .....  |  |
| c) La belleza de las palabras de Jesucristo .....   |  |
| • La belleza de la voz de Jesús .....   |  |
| • La belleza de los predicativos .....  |  |
| • La belleza de los relatos y las parábolas .....   |  |
| d) La belleza de los actos de Jesucristo .....  |  |
| • La belleza de los milagros de Jesús .....   |  |
| • La belleza de los encuentros con Jesús .....  |  |
| • La belleza del perdón de Jesús .....  |  |
| • La belleza de la misericordia de Jesús .....  |  |
| • La belleza de la pasión de Jesús .....  |  |
| • La belleza de los dolores físicos: las llagas .....                                       |  |
| • La belleza de los sufrimientos morales: la traición .....                                 |  |
| • La belleza de la muerte de Jesús .....  |  |
| • La belleza del sepulcro de Jesús .....  |  |
| • La belleza del descenso de Jesús a los infiernos .....                                    |  |
| • La belleza de la resurrección de Jesús .....  |  |
| e) La belleza de Jesucristo como Imagen .....   |  |
| f) La belleza de Jesucristo como Templo .....   |  |
| g) La belleza de Jesucristo como Sacerdote .....  |  |
| h) La belleza de Jesucristo como Víctima .....  |  |
| i) La belleza de Jesucristo como Bendición .....  |  |
| 10. La belleza de la Eucaristía .....   |  |
| 11. La belleza de la santidad .....   |  |
| 12. La belleza de la Virgen María .....   |  |
| 13. La belleza de san José .....  |  |
| 14. La belleza de la Iglesia: el cuerpo místico .....                                       |  |
| 15. La belleza de la Iglesia: la liturgia y el arte sacro .....                             |  |

|   |  |
|---|--|
| 16. La belleza de la Iglesia: la sacramentalización .....           |  |
| 17. La belleza de los sacerdotes: hacer esto en memoria suya .....  |  |
| 18. La belleza de los laicos: el mundo sacramentalizado .....       |  |
| 19. La belleza de los artistas: la sacramentalización del arte..... |  |
| a) Estética clásica .....   |  |
| b) Estética sacra .....   |  |
| c) Estética moderna .....   |  |
| d) Estética contemporánea .....                                     |  |
| 20. La belleza que salvará al mundo .....                           |  |
| 21. La belleza de la Jerusalén celestial .....                      |  |
| 22. Conclusión: La estética sacramental .....                       |  |
| • Índice de abreviaciones .....                                     |  |
| Índice de Íconos .....  |  |

## PRÓLOGO

«¿Qué es la belleza, que escritores, poetas, músicos, artistas contemplan y traducen en su lenguaje sino el reflejo del esplendor del Verbo eterno hecho carne?

¿Qué es lo que puede volver a dar entusiasmo y confianza, qué puede animar al alma humana a encontrar el camino, a levantar la mirada hacia el horizonte, a soñar una vida digna de su vocación? ¿No es acaso la belleza?».

Benedicto XVI

Al proponernos un «Año de la Fe», el papa Benedicto XVI nos invitó a entrar en un «tiempo de gracia espiritual» (*Porta Fidei* 8) muy intenso, que nos permitirá «redescubrir la alegría de creer y de volver a encontrar el entusiasmo de comunicar la fe» (*Porta Fidei* 7) para renovarnos en la misión de ser testigos gozosos y convincentes del Señor resucitado.

La oportunidad que nos ofrece el padre Eduardo Pérez dal Lago con su libro *El camino de la belleza: Aproximación a una estética sacramental* es el poder celebrarlo partiendo, no desde la innegable y profunda crisis de fe que afecta a muchos o de las dificultades actuales que hacen «fatigoso» el creer, sino desde la belleza de creer que nos estimula a distinguir con ojos siempre nuevos las maravillas que Dios hace en nosotros y por nosotros.

Partiendo de la Suprema Belleza del Amor Trinitario, y con un lenguaje sencillo y claro, nos indica un camino que nos conduce por los principales contenidos de nuestra fe, con toda la belleza que encierran.

Así recorreremos la belleza de la creación material, que recuerda como una impronta la inmensidad de su origen; el mundo enormemente bello de los ángeles y la belleza del hombre, marcada por la infinitud de su destino.

Y si bien, en toda la creación, encontramos huellas de la belleza de Dios, es en Jesucristo donde la belleza divina no solo se refleja, sino que está totalmente contenida. Detrás de su mirada, de su voz, de sus gestos; en su belleza física, intuitiva e imaginada, en la belleza de sus palabras, de sus relatos y parábolas, en la hermosura de sus actos, de sus milagros, de sus encuentros con los distintos personajes del Evangelio y, sobre todo, en la honda belleza de su perdón y de su capacidad de amar lo que por sí mismo no es amable, está Dios mismo.

Al ascender glorioso a los cielos, Cristo prolonga su belleza a través de la Iglesia, de los signos eficaces de los sacramentos, especialmente de la Eucaristía, que lo contiene por entero; en la «sacramentalidad» de la resplandeciente santidad de su Madre la Virgen, de san José y de los distintos santos y de la radiante belleza de la liturgia y del arte sagrado.

Desde la misión de los artistas, que hacen hablar a la belleza de la Belleza, el autor se detiene en describir el desarrollo de la estética (clásica, sacra, moderna y contemporánea) y nos hace desear, por último, la belleza inconmensurable del cielo.

Somos guiados en este itinerario estético y teológico, de fe y de belleza, por el recurso, constante y apropiado, a la Sagrada Escritura, a las citas del Concilio Vaticano II y del Catecismo de la Iglesia Católica, particularmente oportunas en el contexto del «Año de la Fe», y por el Magisterio de los últimos Pontífices que buscaron

con denuedo reforzar la amistad entre la Iglesia y los artistas: Pablo VI, que subrayó tan acertadamente la relación entre belleza y esperanza, cuando les dijo a los artistas: «Este mundo en que vivimos tiene necesidad de la belleza para no caer en la desesperanza. La belleza, como la verdad, pone alegría en el corazón de los hombres; es el fruto precioso que resiste la usura del tiempo, que une las generaciones y las hace comunicarse en la admiración» (8 de diciembre de 1965), el beato Juan Pablo II, particularmente en su *Carta a los artistas* de 1999, y Benedicto XVI, en sus *Catequesis y Mensajes*.

No falta tampoco la experiencia personal, religiosa y estética del autor, que hace que muchos párrafos se conviertan en verdaderas meditaciones, que llevan a la oración y al examen personal de actitudes y de comportamientos.

Es deudor también, según lo afirma él mismo, de su formación en la escuela del Siervo de Dios padre Luis María Etcheverry Boneo, a quien recuerda con reconocimiento y gratitud y del que toma, a mi ver, un concepto clave y fecundo para entender su libro y su propuesta de una «estética sacramental»: la «sacramentalización de las realidades terrenas».

La belleza, la verdad y la bondad se tocan. Hay una íntima conexión que une la búsqueda de la belleza con la búsqueda de la verdad y de la bondad. La belleza es clave del misterio y llamada irresistible a lo trascendente. Y, por lo tanto, es un camino privilegiado y fascinante para acercarse al misterio de Dios. Este libro nos ayudará a redescubrir la belleza que encierra el contenido de nuestra fe y a saber «dar razón» de su verdad porque en la práctica es una «apología estética» que nos confirma en la fundamental certeza de que es bello creer, de que no hay nada tan lleno de sentido y tan bueno como creer.

Su lectura nos permitirá contagiar a otros la inquietud de la búsqueda y la paz del encuentro y nos dejará el deseo de comunicar, con el lenguaje de las imágenes y los símbolos, la belleza del amor de Dios a los que sienten nostalgia de una belleza auténtica, no superficial ni efímera, que supera «la del oro, la de la plata, la de los bosques y los campos, la del mar y el cielo, la del sol y la luna, la de las estrellas y los ángeles, y que es la fuente de todas las demás bellezas» (San Agustín).

Quienes tenemos el gusto de conocer al padre Eduardo, descubrimos inmediatamente en estas páginas al amigo, de corazón de niño; al sacerdote, sereno y alegre, y al artista, de exquisita sensibilidad. Ha puesto en ellas la firmeza de su fe y su pasión por el arte. Son, para decirlo con algo que constituye parte de su vida, un «ícono» donde podemos leer la hondura de su experiencia espiritual.

San Miguel (Buenos Aires), 15 de agosto de 2012.  
Solemnidad de la Asunción de la Santísima Virgen

+Sergio Alfredo Fenoy  
*Obispo de San Miguel y  
Presidente de la Comisión Episcopal de Fe y Cultura  
de la Conferencia Episcopal Argentina.*

## INTRODUCCIÓN:

El «Año de la Fe» y la *via pulchritudinis*

El papa Benedicto XVI nos ha convocado a celebrar un año de la fe . En su Carta Apostólica *Porta Fidei* nos habla de redescubrir el camino de la fe para iluminar de manera cada vez más clara la alegría y el entusiasmo renovado del encuentro con Cristo .

Benedicto XVI nos recuerda que esta centralidad de Cristo en la misión y el anuncio de la Iglesia es la prioridad de su pontificado, perfilada ya en la homilía de la santa Misa de inicio en la que decía que la Iglesia en su conjunto, y en ella sus pastores, como Cristo, han de ponerse en camino para rescatar a los hombres del desierto y conducirlos al lugar de la vida, hacia la amistad con el Hijo de Dios, hacia Aquel que nos da la vida, y la vida en plenitud .

Conociendo el origen alemán del papa Benedicto XVI y su profunda afición por la música, podríamos afirmar que **redescubrir la belleza de nuestra fe en Cristo salvador** es el *leit motiv* del camino que nos propone Su Santidad como pastor del rebaño a él confiado.

Al referirse a las razones que lo llevan a convocar a un año de la fe ya nos adelanta, de alguna manera, los instrumentos que nos guiarán en el camino. El papa Benedicto XVI señala que el año de la fe comienza el 11 de octubre de 2012, en el cincuenta aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II, y terminará en la solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo, el 24 de noviembre de 2013. En la fecha del 11 de octubre de 2012, se celebran también los veinte años de la publicación del Catecismo de la Iglesia Católica, promulgado por [...] el beato papa Juan Pablo II, con la intención de mostrar a todos los fieles la fuerza y belleza de la fe. Este documento, auténtico fruto del Concilio Vaticano II, fue querido por el Sínodo Extraordinario de los Obispos de 1985 como instrumento al servicio de la catequesis, realizándose mediante la colaboración de todo el Episcopado de la Iglesia católica. Y –agrega el Papa– el tema de la Asamblea General del Sínodo de los Obispos, que se reunirá en el mes de octubre de 2012, será precisamente la nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana .

Este texto nos da todas las pautas por seguir: nuestra fe milenaria y permanente en Jesucristo, reflexionada y testimoniada por nuestros pastores hace 50 años en el Concilio Vaticano II y expresada para la instrucción de todos los fieles hace 20 años en el Catecismo de la Iglesia Católica, renovada en su fuerza y belleza, será el fundamento de la nueva evangelización. Porque «de la abundancia del corazón habla la boca» (*Mt* 12, 34).

Entonces, la fe debe renovarse en su *fuerza y belleza*.

La fe debe renovarse en su fuerza. Esto hace a la integridad de su contenido. Jesús nos advierte: «Ustedes son la sal de la tierra. Pero si la sal pierde su sabor, ¿con qué se la volverá a salar? Ya no sirve para nada, sino para ser tirada y pisada por los hombres» (*Mt* 5, 13). Los hombres de nuestro tiempo esperan ver en nuestros actos la diferencia, lo propio, lo singular y distinto, de ser cristianos.

Esta «diferencia» es radical. En el siglo II , se habla de los cristianos observando esta comunión y distinción, señalando que habitan en su propia patria, pero como forasteros; toman parte en todo como ciudadanos, pero lo soportan todo como extranjeros; toda tierra extraña es patria para ellos, pero están en toda patria como en tierra extraña. Igual que todos, se casan y engendran hijos, pero no se deshacen de los hijos que conciben. Tienen la mesa en común, pero no el lecho .

Si hoy se hablara de nosotros, los cristianos, pero mirándonos desde afuera: ¿se nos vería distintos? La fe nuestra, ¿es tan fuerte como para modificar nuestros pensamientos, palabras, actos y omisiones?

El Catecismo de la Iglesia Católica nos enseña que la fe es un don gratuito que Dios hace al hombre. Este don inestimable podemos perderlo; san Pablo advierte de ello a Timoteo: «Combate el buen combate, conservando la fe y la conciencia recta; algunos, por haberla rechazado, naufragaron en la fe» (*1 Tim* 1, 18-19). Para vivir, crecer y perseverar hasta el fin en la fe, debemos alimentarla con la palabra de Dios; debemos pedir al Señor que nos la aumente (cfr. *Mc* 9, 24; *Lc* 17, 5; 22, 32); debe «actuar por la caridad» (*Gal* 5,6; cfr. *Sant* 2, 14-26), ser sostenida por la esperanza (cfr. *Rom* 15,13) y estar enraizada en la fe de la Iglesia.

La fe, sobre todo en nuestro tiempo, falto de metafísica y exagerado en su subjetivismo, puede diluirse en el sincretismo, ese terrible intento de conjugar doctrinas opuestas escondido bajo nombres nobles, como diálogo, integración, no discriminación.

Este sincretismo no se advierte solo en los llamados *nuevos movimientos religiosos* y especialmente en la *new age*. Lamentablemente, estos enjuagues de la verdad aparecen dentro de los miembros de la misma Iglesia

Católica.

La fe es la verdad suprema, aquella que Dios nos comunica, porque nuestra mente sería incapaz de alcanzar con sus solas fuerzas en toda su integridad.

Por eso, el papa Benedicto nos llama a creer lo que creemos, en lo que creímos siempre, lo que creeremos hasta que en el cielo veamos sin veladuras: la Verdad que Dios nos revela en su plenitud en Jesucristo, nuestro único salvador.

Esta fe, reafirmada en su integridad, debe renovarse en su belleza.

No se trata de «hacerla bella». Giovanni María Vian, al tratar de develar el secreto del éxito del viaje del papa Benedicto XVI al Reino Unido, señala que una Iglesia que tratara de ser atractiva a los ojos del mundo iría por el camino equivocado, porque su deber es dejar transparentar la luz de Cristo, que los cristianos de Oriente llaman *alegre* (*phós hilarón*) en la oración de la tarde y John Henry Newman sintió y describió como «amable» (*kindly light*) implorando que lo guiara .

El aforismo latino: *firmiter in re, sed suaviter in modo* , no es una elección nuestra para hacer más «aceptable» la fe que debemos transmitir. La verdad de Dios es *in se* firme y su expresión es *in se* bella.

Esa fe fuerte debe manifestar su belleza como una consecuencia sigue a su causa. Platón afirma en el Banquete que «la belleza es el esplendor de la verdad», por eso la verdad suprema debe, en su expresión, reflejar la máxima belleza.

La *via pulchritudinis* nos conduce a Dios, Verdad primera, Bien supremo, y Hermosura misma.

El papa Benedicto XVI retoma las ideas del beato Juan Pablo II, que señalaba que la fe necesariamente se expresa a través de la belleza ya que para transmitir el mensaje que Cristo le ha confiado, la Iglesia tiene necesidad del arte , y expresa su propio camino de hombre creyente y esteta, sacerdote y músico. El entonces cardenal Joseph Ratzinger, en su *Teología de la Liturgia*, explicaba que la sacralidad de la imagen implica la vida interior del artista, su encuentro con el Señor: deriva de una visión interior, fruto de una contemplación y de un encuentro creyente con el Resucitado .

En esta línea, el 21 de noviembre de 2009 el papa Benedicto XVI reunió a 300 artistas en el magnífico marco de la Capilla Sixtina. A ellos les decía en un discurso formidable:

*«Vosotros sois los guardianes de la belleza; gracias a vuestro talento, tenéis la posibilidad de hablar al corazón de la humanidad, de tocar la sensibilidad individual y colectiva, de suscitar sueños y esperanzas, de ensanchar los horizontes del conocimiento y del compromiso humano. Por eso, sed agradecidos por los dones recibidos y plenamente conscientes de la gran responsabilidad de comunicar la belleza, de hacer comunicar en la belleza y mediante la belleza. Sed también vosotros, mediante vuestro arte, anunciadores y testigos de esperanza para la humanidad. Y no tengáis miedo de confrontaros con la fuente primera y última de la belleza, de dialogar con los creyentes, con quienes como vosotros se sienten peregrinos en el mundo y en la historia hacia la Belleza infinita. La fe no quita nada a vuestro genio, a vuestro arte, más aún, los exalta y los alimenta, los alienta a cruzar el umbral y a contemplar con mirada fascinada y conmovida la meta última y definitiva, el sol sin ocaso que ilumina y embellece el presente»* .

En su viaje a España, el 6 de noviembre de 2010 en Santiago de Compostela, recuerda que somos seres en búsqueda, ya que solo Dios es absoluto, amor fiel e indeclinable, meta infinita que se trasluce detrás de todos los bienes, verdades y bellezas admirables de este mundo; admirables, pero insuficientes para el corazón del hombre. Bien comprendió esto santa Teresa de Jesús cuando escribió: «Solo Dios basta» .

Al día siguiente, en Barcelona, al dedicar la Iglesia de la Sagrada Familia, obra del genial Antonio Gaudí, durante la homilía explica que este santo arquitecto quiso unir la inspiración que le llegaba de los tres grandes libros en los que se alimentaba como hombre, como creyente y como arquitecto: el libro de la naturaleza, el libro de la Sagrada Escritura y el libro de la Liturgia. Así unió la realidad del mundo y la historia de la salvación, tal como nos es narrada en la Biblia y actualizada en la Liturgia. Introdujo piedras, árboles y vida humana dentro del templo, para que toda la creación convergiera en la alabanza divina, pero al mismo tiempo sacó los retablos afuera, para poner ante los hombres el misterio de Dios revelado en el nacimiento, pasión, muerte y resurrección de Jesucristo. De este modo, contribuyó a la edificación de la conciencia humana anclada en el mundo, abierta a Dios, iluminada y santificada por Cristo. E hizo algo que es una de las tareas más importantes hoy: superar la escisión entre conciencia humana y conciencia cristiana, entre existencia en este mundo temporal y apertura a una vida eterna, entre belleza de las cosas y Dios como Belleza. Esto lo realizó Antoni Gaudí no con palabras, sino con piedras, trazos, planos y cumbres. Y es que la belleza es la gran

necesidad del hombre; es la raíz de la que brota el tronco de nuestra paz y los frutos de nuestra esperanza. La belleza es también reveladora de Dios porque, como Él, la obra bella es pura gratuidad, invita a la libertad y arranca del egoísmo .

En el Aula Pablo VI del Vaticano, el 4 de julio de 2011 con motivo de la inauguración de una muestra titulada «El esplendor de la verdad, la belleza de la caridad», homenaje de los artistas al Papa por el 60 aniversario de su sacerdocio”, el papa Benedicto XVI, dirigiéndose a los presentes les dijo:

*«Quisiera renovaros a vosotros y a todos los artistas un llamamiento amistoso y apasionado: no separéis nunca la creatividad artística de la verdad y de la caridad, no busquéis nunca la belleza lejos de la verdad y de la caridad, sino que con la riqueza de vuestra genialidad, de vuestro impulso creativo, sed siempre, con valor, buscadores de la verdad y testigos de la caridad; haced resplandecer la verdad en vuestras obras y haced de modo que su belleza suscite en la mirada y en el corazón de quien las admira el deseo de hacer bella y verdadera la existencia, toda existencia, enriqueciéndola con ese tesoro que no disminuye nunca, que hace de la vida una obra de arte y de cada hombre un artista extraordinario: la caridad, el amor»* .

La Nota con indicaciones pastorales para el «Año de la Fe», publicada el 6 de enero de 2012 por la Congregación para la Doctrina de la Fe, encomienda a las Conferencias Episcopales tener en cuenta que el mundo contemporáneo es sensible a la relación entre fe y arte. En este sentido, se recomienda a las Conferencias Episcopales que, para enriquecimiento de la catequesis y una eventual colaboración ecuménica, se fomente el aprecio por el patrimonio artístico que se encuentra en lugares confiados a su cuidado pastoral .

Por todo esto, ¡manos a la obra! Reflexionemos sobre la belleza de nuestra fe y demos testimonio de esta hermosura inigualable.

Tenemos que trabajar mucho en este sentido, porque el demonio no duerme y como Dimitri Karamazov confía a su hermano Aliocha en la genial obra de Dostoievsky: «...la belleza es una cosa terrible. Por ella pelean Dios y Satanás, y el campo de batalla es mi corazón...» .

## Aviso del autor

Voy a compartir con ustedes unas ideas que han sido muy importantes en mi formación como cristiano. Yo no tuve una buena instrucción religiosa. Fui a un colegio inglés no confesional y en mi familia se transmitía más la ética que la religión. Pero recuerdo que cuando en el colegio escuché que la oración de Sócrates era: «Dios, haz mi alma bella» , me sorprendió de tal manera que esta plegaria se convirtió para mí en un constante anhelo.

Por entonces quería ser pintor. La belleza me conmovía de tal modo que no encontraba otro fin para mi vida que el transmitirla. Mi única preocupación era que hallaba en la belleza tal fragilidad que la hubiera querido esculpir en mármol o cincelar en bronce para hacerla eterna. Pintarla, me parecía poco.

Después conocí la fe más profundamente. Entonces aprendí muchas cosas. Supe que la Belleza no es frágil y que no necesita del mármol, ni del bronce, para perpetuarse. La entendí no solo del alma, porque la Belleza es también encarnada y sacramental.

Comprendí también la íntima relación entre belleza y santidad, sintonía que aparece en la misma etimología de la palabra griega *kalós* que significa tanto bueno como bello. El Beato Juan Pablo II decía que la relación entre bueno y bello suscita sugestivas reflexiones. La belleza es en un cierto sentido la expresión visible del bien, así como el bien es la condición metafísica de la belleza. Lo habían comprendido acertadamente los griegos que, uniendo los dos conceptos, acuñaron una palabra que comprende a ambos: *kalokagathia*, es decir 'belleza-bondad'. Al respecto, Platón escribe: «... la potencia del Bien se ha refugiado en la naturaleza de lo Bello» .

Por eso, el fin de este ensayo no es otro que el de confiarles fraternalmente lo que he aprendido durante mi formación en la escuela del Siervo de Dios Padre Luis María Etcheverry Boneo , con la esperanza de que pueda servirles como a mí me ha servido.

Les confieso que yo no conocí personalmente al padre Etcheverry. Lo hice a través de sus discípulos. Esto tiene sus desventajas. Afirmar: «El padre Etcheverry decía» supone sostener que tal o cual me dijo que «él decía». Sabemos que lo que se recibe se adapta a la forma del recipiente como el vino que tendrá forma de barril en el barril y de botella en la botella.

Bueno, aquí será un poco peor, porque, como en el juego del teléfono descompuesto, hay un nuevo partici-

pante y lo que le atribuiré al padre Etcheverry será lo que yo recuerdo que me dijeron que «él decía». Aquí, el vino que tuvo forma de barril y luego de botella, tendrá para ustedes forma de copa. Y, como saben, *traduttore, traditore...*

Cuánto hay suyo y cuánto hay mío, solo Dios lo sabe, pero igualmente se cansarán de que nombre al padre Etcheverry, porque no quisiera adjudicarme ninguna de sus ideas, sino más bien en cada referencia recordarlo con reconocimiento y gratitud.

También quiero advertirles a los lectores que el lenguaje estético utiliza categorías que no comparten la unicidad del lenguaje lógico y moral. Esto es, verdaderamente, un problema a la hora de ponerse a escribir sobre el tema.

En filosofía, el principio de no contradicción, junto con el principio de identidad y el principio del tercero excluido, constituyen el fundamento mismo del ejercicio lógico. El principio de no contradicción supone que una proposición y su negación no pueden ser ambas verdaderas al mismo tiempo y en el mismo sentido. De esta manera, se puede entender como falso todo aquello que implica una contradicción con lo verdadero.

En estética, como la parte de la filosofía que estudia la belleza, se sostiene lo mismo y por eso «lo bello» es tan unívoco como «lo verdadero» o «lo bueno». Es que la filosofía del arte tiene como objeto formal de su indagación el mismo ser de lo estético, o sea los fundamentos ontológicos y supuestos de todo arte, así como sus raíces antropológicas y sus causas primeras en general .

Pero la historia del arte, la crítica artística, una mera «geografía» del arte coetáneo y el mismo dicho popular: «Sobre gustos no hay nada escrito» nos advierten sobre una mutabilidad de lo que es tenido por bello que no es equiparable con los cambios acerca de lo que se entiende por verdadero o por bueno a lo largo del tiempo. La definición clásica de la *verdad gnoseológica* es ‘adecuación de un juicio con la realidad’. Esto se fundamenta en la verdad ontológica de las cosas que son idénticas a sí mismas. En la adecuación de un juicio estético con la realidad de la belleza, podríamos distinguir dos niveles: uno vulgar y otro científico.

El juicio estético vulgar, al no tener más norma que la subjetividad relativa del gusto, no supone de suyo ninguna adecuación objetiva con la realidad de la belleza y, por lo tanto, es, por su misma naturaleza, cambiante. Pero el tema es que, en la adecuación del juicio estético científico con la realidad de la belleza, hay elementos objetivos y subjetivos. Es que podría decirse que el juicio crítico [estético] posee los siguientes fundamentos: a) el sentido común estético, que radica en la tendencia natural humana hacia lo bello; b) los preceptos estéticos o normas estéticas de las distintas artes; c) el ámbito cultural e histórico que señala la perspectiva concreta desde donde la crítica se efectúa, así como el consenso de valoración vigente .

También está el problema (¿o la ventaja?) del lenguaje simbólico que con frecuencia utilizaré en este ensayo y que se aplica de modo objetivo y subjetivo a la vez y tiene una precisión diversa del conceptual.

Así que, supuestos estos avisos, vamos a introducirnos en el fascinante «camino de la belleza»...

## CAPÍTULO 1

### 1. La Belleza increada

Quiero empezar este ensayo hablándoles de la suprema belleza del Amor Trinitario y, por eso, les pido que fijen la mirada en el extraordinario ícono de la Trinidad que llamamos *La Hospitalidad de Abraham* porque en la Sagrada Escritura (*Gn* 18, 1-33), hay un misterioso episodio que ocurre cuando Dios visita al Patriarca. El relato por momentos se refiere a Uno y en otros a Tres personajes. Se considera por esto que es la primera manifestación de la Santísima Trinidad en las Sagradas Escrituras.

Sucede en un lugar conocido como *Mambré*. Allí Abraham los hospeda y sacrifica un ternero tierno y bien cebado para darles de comer. Dios le asegura a Abraham que va a venir a visitarlo en un año y que Sara, su esposa, va a tener un hijo. Sara, que escucha de lejos la conversación se ríe porque dice: «Con lo vieja que soy, ¿volveré a experimentar el placer? Además, ¡mi marido es tan viejo!». Pero Abraham no se ríe, sino que cree. Cree en lo aparentemente imposible porque ya conoce quién es Dios y la infinitud de su poder. Por eso Abraham creyó nuevamente en el Señor, y el Señor se lo tuvo en cuenta para su justificación (*Gn* 15, 6).

Los íconos no son simples imágenes, sino que son catequesis mistagógicas . Son misterios contados en colores, formas, gestos y símbolos y que tienen una tradición muy antigua que se remonta al siglo V en Constantinopla (Constantinó-polis = la ciudad del emperador Constantino), que era la capital del Imperio Romano de Oriente y que antes, cuando era una pequeña y estratégica colonia griega, se llamaba *Bizancio*. Por eso a este tipo de arte se lo llamaba *bizantino*.

El autor de este ícono se llama Andrej Rublëv . Vivió en Moscú en tiempos en que esta ciudad era solo la capital de un Gran Ducado porque Rusia todavía no existía como tal. Justamente se estaba fundando a instancias de otro monje santo, un poco anterior, que se llamaba Sergio de Radonetz.

San Sergio vivió en el 1400, cuando la Iglesia ya llevaba siglos desde la división entre católicos romanos y ortodoxos de Constantinopla . Los mongoles habían destruido su casa y asesinado a su familia, así que con su hermano se refugiaron en una pequeña ermita de madera en medio de un bosque frondoso para dedicarse a la oración. La ermita estaba dedicada a la Santísima Trinidad. Los grandes ducados rusos eran ortodoxos, pero al Este limitaban con los mongoles que eran animistas; hacia el Sur estaban los musulmanes atacando constantemente Constantinopla, la capital del Imperio Romano de Oriente y la sede primada de la Ortodoxia, que finalmente cae en el año 1453; y al Oeste estaban los polacos, que eran devotos católicos romanos. San Sergio adquiere tal fama de santidad que la gente empieza a ir a verlo, a pedirle consejo, a confesarse con él. Incluso los grandes duques van a aprovechar su sabiduría y a confiar sus empresas a sus rezos. Son jefes de pequeños estados feudales y los rodean por todas partes estados más fuertes y poderosos. Y este hombre santo les propone a los grandes duques que hagan con sus fuerzas un reflejo humano de lo que ocurre en el seno de la Trinidad. Les propone que reconozcan como padre al gran duque de Moscú y que vivan la comunión de las personas en una misma fe, poniéndolo todo en común por el amor, para ser más fuertes frente a sus enemigos. Y con esta unión, que pretende a ser un reflejo de la Trinidad, ni más ni menos, y para poder enfrentar a los enemigos, se va a fundar la nación rusa.

Y cuando muere San Sergio, el nuevo abad construye una nueva iglesia para albergar la tumba de San Sergio y para recibir a los muchos peregrinos que se acercaban a visitarla. Y llama a Andrej Rublëv, que vivía en Moscú, a 70 kilómetros, para pintar una imagen de la Trinidad que exprese lo vivido y enseñado por San Sergio.

Los cánones para pintar el ícono de la Trinidad según la modalidad de “La Hospitalidad de Abraham” estaban establecidos en el relato de la Sagrada Escritura (*Gn* 18, 1-33) y en la tradición anterior. Entonces Rublëv pinta según estos cánones, pero suprime todo lo que es secundario. Se centra en las tres Personas, que parecen ángeles, sentadas alrededor de una mesa. Las tres parecen de la misma condición y edad, como si fueran una especie de espejo unas de otras. No hay una cabecera propiamente, porque los tres personajes tienen la misma dignidad. Están sentados sobre tronos y tienen un escabel a sus pies. La vara que llevan es sus manos se llama *merilo* y simboliza el poder, como un cetro. Si lo leemos de izquierda a derecha, detrás de la primera persona hay una casa; detrás de la segunda, hay un árbol, y detrás de la tercera persona, hay una montaña. En el medio de la mesa, hay una copa, y la copa contiene la cabeza del animal sacrificado por Abraham para darles de comer. Y, del lado del lector, de nosotros, hay un espacio que queda abierto, con un cuadrado dentro del cual hay otro cuadrado que tiene una profundidad; como si se pudiera entrar por él.